



El dulce vicio de escribir



Rainer Maria Rilke. Praga, 1875 - Val-Mont (Suiza), 1926. Escritor checo en lengua alemana. Su poesía está impregnada de hondo misticismo y estilo muy refinado.

Entre 1903 y 1908, diez cartas escritas por Rilke fueron dirigidas al cadete Franz Xaver Kappus, que 15 años después estudió, como él, en la academia Militar de Wiener Neustadt. Las cartas son un acompañamiento ideal de su obra poética, permiten conocer sus pensamientos, sentimientos y los principios que lo inspiraron.

Fragmento de la séptima carta de Rainer María Rilke a Franz Kappus, un joven poeta

Roma, 14 de mayo de 1904

Mi querido señor Kappus:

Ha pasado mucho tiempo desde que recibí su última carta. He copiado su soneto porque me pareció hermoso y sencillo. Ha sido para mí una verdadera alegría leer a menudo este soneto y su carta. Le agradezco ambas cosas. Y no debe dejarse perturbar en su soledad porque algo en usted desee salir de ella. (...) Estar sólo es bueno, porque la soledad es difícil. Que algo sea difícil debe ser un motivo más para llevarlo a cabo. También es bueno amar; porque el amor es difícil. El amor de un ser humano por otro es quizá lo más difícil que nos ha sido encomendado; es lo supremo, la última prueba y examen, el trabajo ante el cual los otros trabajos no son más que preparativos. Es por eso que los jóvenes, novatos en todo, tienen que aprender a amar.

Amar no es nada que signifique consumirse, entregarse y unirse a otro, es un sublime pretexto para que el individuo madure, tome forma, se convierta en algo, en un mundo, en mundo para sí en torno a otro. Sólo en ese sentido, como el deber de trabajar sobre sí mismos, deberían los jóvenes usar el amor que les es dado. Entregarse y unirse, perderse en el otro —en todas las formas— no es para ellos, porque es la culminación; es tal vez, aquello para lo cual no alcanza la vida de los hombres. Sin embargo es en esto que yerran tan a menudo y tan gravemente los jóvenes (es propio de su índole no tener paciencia); cuando les sobreviene el amor se precipitan los unos a los otros, se prodigan tal como son, en plena turbación, en todo su desorden y confusión... Cada cual se pierde por amor a otro, y pierde al otro y a muchos otros que habrían querido venir. Y pierde horizontes y posibilidades por un conflicto estéril del que ya nada puede salir; nada, salvo un poco de tedio, decepción y pobreza, y acaso la salvación en uno de los muchos convencionalismos que, como refugios públicos, están instalados en gran número en este camino, el más peligroso. (...)

Quien bien mira encuentra que, como para la muerte, que es difícil, para el difícil amor tampoco ha sido vista aún ninguna luz, ninguna solución, ni señal ni camino; y para ambos deberes, que llevamos ocultos y transmitimos sin abrirlos, no se dejará descubrir ninguna regla basada en convenciones. Pero a medida que empezamos a ensayar la vida como individuos, aquellas grandes cosas nos encontrarán, a nosotros, individuos, en mayor proximidad. Las exigencias que el difícil trabajo del amor opone a nuestro desarrollo son desmesuradas y, como principiantes inexpertos, no estamos en condiciones de enfrentarlas. Pero si perseveramos y tomamos este amor como carga de aprendizaje, en lugar de perdernos en todos los juegos fáciles y livianos, tras de los cuales los seres humanos han soslayado lo más serio de su existencia, se hará tal vez perceptible, entonces, un pequeño progreso y un alivio para aquellos que vienen después de nosotros. Esto sería una gran cosa. Nosotros, apenas ahora empezamos a considerar sin prejuicios y de un modo objetivo las relaciones de un individuo con otro. Y nuestras tentativas de vivir tal relación no tienen ningún modelo ante sí. Y, sin embargo, en el transcurso del tiempo hay algo que ya quiere ayudar a nuestro titubeante noviciado. (...)

Las mujeres, en las cuales la vida permanece y habita más inmediata, fecunda y confiadamente que en el hombre, deben haberse convertido esencialmente en seres humanos más maduros, más humanos que el liviano hombre, no atraído bajo la superficie de la vida por el peso de ningún fruto en sus entrañas y que, fatuo y precipitado, menosprecia lo que cree amar. (...)

Un día la joven será, y será la mujer, y estos términos no significarán lo contrario de lo masculino, sino algo de por sí, no como complemento y límite sino la vida y la existencia del ser humano femenino. (...)

Mis mejores deseos, querido señor Kappus.

Su Rainer Maria Rilke